

Emiliano González

LA MUERTE DE VICKY M. DOODLE:

PROYECTADO EN VIEJOS CINEMATOGRAFOS,
TAMBIEN LLAMADO FILM DE HORROR
POUR LE SOLEIL Y TATUAJES EN UN CUERPO DORADO

Niñas doradas montan bicicletas azules, bajo los mangos: pedalean hacia el gimnasio. Vicky M. Doodle lleva un buen rato ocupando una mesa redonda en *El farolito*, bar situado junto a la playa de arenas blancas, donde sombras triangulares se tiñen de violeta cada vez que el viento agita los toldos. Por los rayos de sol que se cuelan a través de las vigas bajan motas de polvo: una pastilla venenosa disolviéndose con lentitud en aéreos tubos de ensayo. Las palmas cocoteras impresas en el menú del bar caricaturizan a las que Miss Doodle puede ver todos los días al subir las persianas del cuarto #16. Vicky pide un vodka- tonic, abre una libreta verde y escribe: "La tropa de venecianas deportivas no volverá a pasar sino en tres o cuatro horas. ¿Qué hacer, mientras...?"

Piensa. Luego anota: "Voy a cortarme el cuello." Pero tacha y encima pone: "Voy a beber un vodka- tonic."

El sol derrite los hielos en el fondo del vaso: han pasado tres o cuatro horas. El mesero resuelve un crucigrama, en las tinieblas.

Una pirámide resplandece (gris y plata) en el fondo de la alberca. Tres jovencitas desnudas, con visores y tanques de oxígeno, hieren a navajazos la superficie engañosamente metálica de la figura: mana sangre, o pintura roja, que poco a poco tiñe las aguas frías. Los reflectores ubicados en los rincones del jardín se apagan de repente; los grillos enmudecen. Sólo persiste la cálida fragancia del hule-de-noche.

Tres siluetas *que ya no son humanas* depositan en la alfombra de pasto sus equipos de buceo.

Sobre un taburete de bambú alguien olvidó el último ejemplar de la *Neon City Underground Gazette*. Vicky se levanta, lo toma, vuelve a sentarse y hojea el periódico, leyendo sin fijar la atención. De pronto sus ojos se detienen en el título de un film espectral que proyectan siempre en los viejos cinematógrafos: *La Gran Tarántula*. Esa tarde lo exhiben en el Matrix, templo griego a mitad de los riscos del Sur, en cuyos interiores de terciopelo rojo se aglomeran horribles estatuas neoclásicas de yeso. Cuando le llevan el vodka- tonic, Vicky declina la posibilidad de matar el tiempo con un film terrorífico hundida en un asiento fofo, sin aire acondicionado... ¿Tomar el autobús a unas cuadras, recorrer todo el puerto, bajar en la terminal y subir una larga escalinata para comprar el boleto?... "En otra ocasión", decreta Vicky, mientras agota medio vaso con tres chupadas al popote.

Arenas movedizas tragándose un cadillac rojo...

Vicky abre *The Neon City Underground Gazette* pero no puede

concentrarse en los artículos sobre pornografía que ofrece la revista: le interesa más el tránsito voluptuoso de las niñas en sus vehículos, bajo la sombra espiritual de los mangos. En el café ya no queda nadie. Vicky se peina, reflejándose en un espejito redondo. El mesero resuelve un crucigrama, en las tinieblas. M-U-E-R-T-A.

Vicky, desde el balcón del cuarto #16, saluda a un barco que pasa entre arrecifes de plata. El gesto ha sido inevitable. Vicky se acuesta a leer en un rincón de la terraza.

...último vagón de una locomotora abandonada en medio de la selva amazónica...

Barrio de Mala Muerte (Amsterdam, 1990)

Tina, disfrazada de viejo pervertido, revisa desquiciantes ejemplares de BIZARRE SEX COMIX. De esas familiarísimas sátiras macabras no puede sacar nada nuevo y pasa, bajo la mirada de un Mesmer asesino, a los sótanos de la Sex Shop. Hay películas de jóvenes negras devorando falos blancos y de blancos de rostro caballar montando niños negros. Un aborto libidinoso, pesadillesco e indescriptible, sin forma animal ni humana, interrumpe las delectaciones morosas de Tina. En sus manos hay una suerte de revista sin título, con especies de hojas ocupadas por dibujos, cuya portada muestra una rosa llena de espinas. Tina quiere aferrarse a esa portada porque sus ojos ven, sin querer ver, algo: la realidad titubea, retrocede, huye ante el dibujo número 34. Con un vértigo nunca antes experimentado (y eso a pesar de la cicatriz en su mejilla izquierda —*souvenir* de una riña con una "paloma"— y de todos sus tatuajes), Tina pasa del dibujo 34 al dibujo 15, con la esperanza de mitigar un poco el olor de la mierda. En el dibujo 15 Tina puede ver cómo una mujer corpulenta da, con un atizador de cuero, un golpe mortal a una verga gigantesca y erecta. El autor —o la autora— del dibujo ha procurado mezclar, en las facciones del personaje masculino, el dolor absoluto con... ¿el placer?... pero... ¿con qué placer?... La escena es insoportable, aun dibujada. La revista de pronto le pesa, de pronto cae de sus manos tibias con hoyuelos. La revista cae (toneladas de horror) hasta el fondo del inconsciente de Tina y desaparece bajo las aguas más pantanosas de su cerebro. Se le ha olvidado: la amnesia es una de las últimas defensas de Tina, fuera de sus puños de adolescente, de su boxer tiñoso, de sus uñas largas de cocaínomana.

Muchos años después ("Estas niñas-escándalo no crecen. Acaba de pasar la misma delincuente que hace cinco años me robó el bolso y me acuchilló el brazo aquí..."), dice con horror una anciana que pasea a un balmarán por el Parque

Luxembourg) un coleccionista de Zurich le encargaría a Tina el dibujo número 34 de su colección. "He oído de tus *filthy drawings*", le dice el suizo bajo los almendros y el sol tropical de París, "y me interesan mucho. Pago bien. He logrado reunir ya 33 fantasías a pluma, lápiz y veneno. Sus autoras han sido chiquillas como tú. Dame la número 34 por dos mil francos..."

"No me gusta el número, pero... ¿qué quiere que le dibuje?"

El coleccionista pide a Tina que se le acerque, más y más. Tina, con desconfianza, coloca su oreja de nínfula en los labios amoratados del suizo. Este le susurra, muy serio, diez o doce palabras. Tina lo mira con fascinación, con disgusto, con náusea. Se levanta de la banca verde y metálica y baja las escaleras. Libre de la vista del coleccionista, se lleva las manos a los ojos y llora. "Era el hombre... el mismo hombre de la Sex Shop aquella. Pero no puedo... no puedo recordar lo que acaba de decirme..."

Tina se pierde bajo las frondas.

Un tatuaje de calavera va surgiendo poco a poco en la nalga izquierda de Vicky, sin que ella se percate.

Londres

Una rubia me muestra las piernas en Hyde Park.

Los cisnes se disputan las migas envenenadas que arrojan los niños-lobo.

Tres horas después el jazz ilumina las calles, un borracho besa la frente de una estatua de Peter Pan... Los autobuses rojos de llenan de *frotteurs*. En la Tate Gallery hay viajeros en ácido comiendo sandwiches.

Picadilly Circus es la parada última.

En Chelsea

Hablo con la pelirroja en una hamburguesería.

Las meseras anudan un lazo rojo en el pene de un rock-and-roller.

Los gabinetes de tatuajes abren sus puertas a niñas de trece años que lamen paletas amarillas.

La pelirroja y yo entramos en una *boutique* para comprar los boletos del concierto de SHIT SOUP.

El sol borra los cristales y traza figuras geométricas en los rostros delgados e inhumanos de las dependientas.

Aventura

La vi por primera vez en papel satinado: fotografía turística: una revista pudriéndose entre mis manos.

No obtuve nada de la rubia elegante sentada frente a mí en la pizzería.

Recorro las calles sucias de Amsterdam en busca del Stardust. Baby Lon es sólo el recuerdo de unos *blue-jeans* colgando en la pared de un baño en una azotea londinense /yo tomaba fotografías/

Las putas holandesas: tras los cristales verdes, en rombos perfectamente silenciosos, las putas aguardan.

De la aventura sobrevivió: un pañuelo con adornos cursivos, vómito sobre la pared blanca, un billete de autobús con tres agujeros.

Una revista pudriéndose entre mis manos.

Y la rubia, cuando es abordada por El Escritor en una calle de Amsterdam:

"Too late, baby. Not at this moment, no..."



Peep show (1998)

Exhiben al marinero.

El marinero es ciego, un hombre fuerte que destroza palomas con sus manos de hierro.

Las pandilleritas de pelo verde al rape miran al marinero lamer suelas de zapatos femeninos. Tacones de aguja.

Neón verde empapa al marinero, que recibe en pleno rostro florines de metal.

Las horas pasan, verdes, en el interior de su caja.

Las pandilleritas miran morir al marinero cada noche, ciego y fuerte.

¿Quisieran entrar a redimirlo?

Luz apagada: sin esperanzas.

¿Quisieran entrar a masturbarlo?

Luz encendida: sin esperanzas.

El marinero no puede mirar al ojo que lo mira por el minúsculo agujero practicado en la puerta de cartón.

¡Mata palomas!

¡Lame zapatos!

Cementerios de automóviles en la bruma. La carretera fluye, sonora, bajo neón amarillo. Desiertos a ambos lados.

Hacia 1920 el Hotel parecía un templo a religiones olvidadas: entre las jacarandas, gatos fantasmagóricos abrían los ojos, iguanas verdes se deslizaban por las grietas de la piscina vacía, una máquina de escribir oxidada tecleaba en el silencio.

En 1930, una vieja comerciante en joyas lo renovó: hizo pintar de blanco las paredes, tapizó baños, llenó de agua las albercas, embelleció el bar.

En 1954, un tal Frank Troppmann añadió los pocos elementos que faltaban: un teatro para representaciones de Gran Guñol, una hamburguesería, un estacionamiento, un jardín lleno de cascadas y pavorreales, aire acondicionado para sustituir ventiladores ruidosos...

En 1980, Vicky M. Doodle rentó el cuarto # 16.

Con un Bloody-Mary en la mano derecha, Vicky mira cómo se estaciona frente al bar una pareja de motociclistas franceses: tanto la niña como el joven están forrados de cuero negro muy fino, que alguna inglesita pandilleril tachoneó de insignias: águilas de plata, cruces gamadas, lingams y yonis. Vicky no entiende cómo alguien puede seguir vistiéndose de cuero en regiones tropicales, fiel al uniforme como un soldado alemán en el Norte de Africa (rumor de viejos tanques verdes inscribiendo una ruta de muerte por el desierto). Los motociclistas han entrado en la tienda de *souvenirs* para comprar bufandas. "Absurdo", piensa Vicky. Los motociclistas hacen girar la puerta del bar, con los cuellos envueltos en bufandas. En la barra apoyados, piden vodkas-tonic, mirando lánguidamente los carteles que anuncian corridas de toros. Un olor a pescado frito reina. La sinfonía comienza a funcionar. Vicky M. Doodle mata un mosco de un golpe en su hombro izquierdo. Los motociclistas vuelven la cabeza. Vicky M. Doodle aúlla de horror.

A lo largo de su historia, el hotel ha procurado satisfacer, más que las necesidades, los sueños —y las pesadillas— de sus huéspedes.

La muerte de Vicky M. Doodle no es sino la llegada de la noche: Victoria M. Doodle asiste a una gran fiesta en una terraza frente al mar.

En un rectángulo blanco se proyectan los resplandores de la alberca. Sobre el rectángulo imprimieron la palabra M-U-E-R-T-A.

Orquídeas violeta claro brotan de súbito entre dos carnosas ramas de un árbol de jacaranda.

El viento que recorre las frondas: música triste del agobio en las hojas, oh verano infinito: la escritura del aire sobre la escritura del agua: rumor contra rumor. El mismo verano, impreso en el bikini húmedo de Vicky. Garrapateo a la sombra de los plátanos: Vicky llena la hoja en blanco. La pluma, falo de plata, va derramando su esperma verde en el cuerpo virgen de la libreta. ¿Y qué texto engendra su laborioso amor? Un *script* para una película de horror basada en la leyenda de una banda de motociclistas que exhiben una gran tarántula en los pueblos del Oeste de los Estados Unidos...

El sol se vuelve negro. ¿Es el sol o la entrada de un túnel?



Y sus irradiaciones, ¿no son como las paredes de una gruta circular?... Vicky se sirve, nerviosa, otro vodka-*tonic*. Esa sensación de estar "bajo techo", aun en lugares abiertos, la inquieta mucho. Es como si al desplazarse transportara una cárcel, o como si tratara de huir siempre de dominios cuyas fronteras fueran alejándose al avanzar ella. Pero el sudor que humedece la toalla bajo sus nalgas es producto de los rayos de un verdadero sol y ella, Vicky, es realmente ella, Vicky: libre, no prisionera. Por otro lado, si un hotel puede ser una cárcel y sus vacaciones el transcurso de una condena, el sólo hecho de haber ella elegido lugar y tiempo hace menos angustioso el asunto.

Vicky sube las escaleras de caracol y, llegando al balcón, me encuentra sentado frente a una botella de vino negro y dos copas rectangulares. Lotos blancos decoran el mantel. Un jardín de cactáceas retorcidas, casi monstruosas, florece junto a la piscina transparente y helada. Luego una escalinata de mármol y las arenas azules de una playa infinita: sulfato de cobre resplandeciendo bajo la consistencia verde y oleosa del mar, a su vez intacta bajo el azul cielo del cielo. Restos de altares blancos en los arrecifes, habitados por gaviotas: ruinas clásicas manchadas de excremento y, entre las columnas y los bustos de Pan, rostros famélicos de sirenas adolescentes. Un avión de guerra nazi, con los motores averiados y el tanque de combustible en llamas, desciende silenciosamente y es tragado por las olas. Abro una cajita circular etiquetada *SELECTED DROPS* y escojo un dulce amarillo. Lo introduzco (esferita de piña) en la boca sonriente de Vicky, a mi lado con sus anteojos en forma de corazón y sus pecas de colegiala, que vuelven lúbrica la punta de su nariz respingada. Calza unas sandalias japonesas de plástico. Su bikini blanco ha ido reduciéndose peligrosamente desde la primera zambullida (una noche antes) y amenaza con desaparecer del todo en la segunda. Tiemblo de goce al pensar que eso ocurrirá en poco tiempo, cuando agotemos nuestros cigarros y nuestras copas. "Estos nuevos productos son realmente de consumo", divaga Vicky, refiriéndose al bikini. "Es una suerte", digo sin pasión, a causa de un súbito bochorno solar. "¿No quieres crema?", pregunta Vicky. Niego con la cabeza. "Estoy engrasado globalmente", aseguro. Vicky saca de su bolsa una cassetera y oprime un botón. El programa se inicia a mitad de *Maggie May*, de modo que Vicky hace retroceder la cinta. Guitarra medieval...

"¿Tienes sueño?"

Amsterdam

Las adolescentes se convierten en lobas a las doce de la noche y en las chamarras negras resplandecen águilas de plata. Neón rosáceo.

Tatuajes en la frente de Baby Lon, que tomó el *Harmónica Zoog* para llegar al infierno.

Muy lejos, el sol con sus maravillas.

1978, dicen los periódicos que hay apilados en las esquinas.

Baby Lon sonríe, bebiendo su leche malteada: "Con escritura desmantelaremos la ciudad de los adictos, y al sustituirla por una utopía contemporánea, el Maligno vendrá sin remilgos a pasar sus vacaciones..."

Ahora, un hombre negro afila su navaja en el pavimento, frente al hotel azul.

"*Dandies* de rostro pálido y aristócratas cadavéricos, niñas castas como lirios, ramera que bajo los afeites y el *khol* pretenden ocultar ojeras de eteromana, dando el aspecto de momias enojadas, han venido a pasar la mañana de verano en la iglesia, como si todo el Moulin Rouge hubiera abandonado una orgía languidescente para oír misa, o como si un sonambulista hubiese reunido, con promesas irresistibles, a los noctámbulos de los barrios elegantes en un recinto funeral donde humearan incienso litúrgicos. El sermón del padre, lento y cadencioso, adquiere por momentos un son de letanía. Llama *fantasmas* a las mujeres y a los hombres *espejos*. Un Cristo de carnes leprosas ríe de sus llagas en un nicho anaranjado. Parece una imitación de Grunewald ejecutada por un pintor sifilítico. ¡Oh, razas latinas! ¡Oh esplendor de los cirios frente al dorado chisporroteante y eléctrico de los ángeles bizantinos en las cúpulas! ¡Y las frases del padre, unas veces abriendo oquedades góticas en el espacio, y otras adquiriendo verdosidades húmedas, como de moho!..."

Vicky interrumpe la lectura de *El invernadero maldito* para prepararse un vodka-*tonic*.

Playa Oleosa, 1994

Sobre la arena azul, un picnic de colegialas, con el uniforme negro que los perversos aman. El chofer las mira desde el volante del autobús, limpiándose el sudor con la mano derecha y meneándose con la izquierda. Piernas doradas montan imaginarias bicicletas en el aire. Calzones blancos, triángulos floreados, rajas apetitosas de quinceañera. Una niña de magníficas nalgas comienza a bailar, alzándose las faldas, un simulacro de danza clásica... El chofer eyacula.

Una rubia contempla maravillada la sangrienta puesta de sol, chupando un gajo de mandarina. El mar sucio rompe en los arrecifes artificiales... Una película de vellos suavísimos cubre las piernas doradas de la rubia. El viento perfumado los besa, los acaricia.

Vicky dora su culo todos los días, echada sobre una toalla verde, frente al mar. El culo de Vicky es una obra maestra de la redondez asesina. Provoca chorros inconvenientes en los autobuses repletos y en las grandes concentraciones y en las filas de las ferias (recuerda una noche en que un adolescente se le derramó ante la Casa del Horror). Vicky mira su culo en un espejo rectangular. "¡Cuántos orgasmos hay implícitos en esos dos globos tersos!", piensa con orgullo. Coloca sus manos en las rodillas: agachada, puede ver su culo en todo su esplendor. "¡Qué culo divino, Dios!", grita Vicky. Deambula por el cuarto, arreglando algo aquí, otra cosa allá, perseguida siempre por su culo sagrado. Vicky se asoma por la ventana y mira a la gente que, apiñada en una plataforma gigantesca entre las rocas, aguarda la llegada del Yate de los Sueños. Vicky no lo piensa dos veces: deja el cuarto, cruza el hotel y se pierde entre la multitud.

Aurora Paradise (niña-escándalo de bellas nalgas) me masturba con sus dedos rosados.

1980

Baby Lon tararea Sweet Little Sixteen a orillas del mar grisáceo de un antiguo pueblo marinero, en Holanda. Hojas de diario con extraños grabados románticos vuelan a su alrededor. El vapor de los barcos mercantes asciende, a lo lejos. Gaviotas monstruosas picotean conchas de aspecto alimenticio, hasta destrozarse el pico. Una pandilla de marineros de rostros bestiales bebe cerveza, ríe y clava dardos en la penumbra de un café-bar. Baby Lon piensa: "En el roof-garden de un viejo hotel unos hombres de negocios griegos rompen botellas de *Retsina* en cariátides moradas y agitan sus banderines militares, sin hacer caso de la niña egipcia que se retuerce, desnuda, bajo reflectores..."

Baby Lon tararea Sweet Little Sixteen mientras sube las escaleras interminables de un hospital fétido... Enfermeras delgadísimas y pintadas con exceso roncan sobre los escalones manchados de excremento.

Baby Lon pisa accidentalmente la mano de una, que se despierta, atrapa con rabia el pie de Baby Lon y lo muerde con sus dientes afilados. Baby Lon, al sentir esas agujas en su carne porosa, tiene un orgasmo.

El aviso (historia verdadera; relato de Mike el Tímido; 1959)

Eramos nueve, amigos y amigas, en un auto robado y excesivamente estrecho. A Tina le gustaba apretar el acelerador, y esa tarde de juerga no iba a ser una excepción: apenas salimos de Neon City, el auto empezó a aumentar de velocidad, a pesar de las protestas borrachas de Pretty Polly y de Baby Lon, y pronto volábamos por una carretera recta y vacía, en la que Tina confiaba y que yo no había recorrido nunca. Todos comenzamos a entonar himnos, como remedio contra los nervios. No recuerdo quién la vio primero, pero alguien nos tocó en los hombros a Pretty Polly y a mí. Volvimos las cabezas. Ahí, junto a la ventana, mirándonos, corría una mujer de largos cabellos rubios, a la misma velocidad suicida del auto, mirándonos con ansiedad... un rostro pálido...

Cesaron los cantos. La vimos todos, con horror y fascinación, todos menos Tina, que no quitaba los ojos de la carretera... Uno de los nuevos amigos le dijo: "¡Para el auto! A ver si así se detiene ella..." Tina fue disminuyendo la velocidad y al fin el auto se detuvo. Abrimos las puertas y salimos. La mujer había desaparecido. El auto se había detenido justo al borde de un agujero mortal que Tina no habría podido evitar a la velocidad con que conducía. De no haber sido por aquella extraña mujer, hubiéramos pasado a ser nueve juveniles cadáveres.

Tina nunca nos creyó: dijo que la embriaguez nos había impedido ver la motocicleta que montaba la mujer, que no era posible que unas piernas humanas corrieran a esa velocidad, que a veces coinciden felizmente la casualidad y las alucinaciones colectivas...

Pero yo, que no era supersticioso, creo desde aquella tarde en los avisos premonitorios. Y aunque sigo robando libros, ya no me atrevo a robar autos.

La Doctora X podía liquidar a un muchacho en las letrinas manteniendo un silencio tan perfectamente religioso que nadie, de quienes orinaban o defecaban en los gabinetes contiguos, podía escuchar un sólo quejido. "¡Espectáculo exquisito!", piensa Pretty Polly al entrar, ganosa de aliviarse, en el reducido espacio del crimen. Ante sus ojos hay una guirnalda de vísceras rosadas por las que chorrea una sangre violeta. La cabeza de la víctima (un *hippie* de dieciocho años) ha sido colocada por la asesina en las aguas cristalinas del W.C., que van tiñéndose de rojo. La Doctora X ha cortado las piernas y las ha puesto, como un par de esquíes, apoyadas en la pared. Los brazos cuelgan enganchados a las dos perchas que hay en la puertecilla metálica. Pretty Polly toma la cabeza por los cabellos rubios, la hace rodar hasta un rincón, se baja los pantalones y se sienta a orinar. Luego de limpiarse, abre la puerta y sale de las letrinas. En un gabinete que sirve para guardar escobas se despoja de su disfraz de viejo perverso y se uniforma de niña-escándalo.

Se sienta en una mesa y pide un café. Se lo traen. "A la salud de la heroica Doctora X, maga de la medicina", susurra y bebe.

Una mesera de nariz respingada, párpados azules y escote delicuescente sirve el café en tazas adornadas con swásticas. A su lado hay una niña de trece años vestida de monja. Con la mano izquierda sostiene un ramillete de azahares envuelto en papel de diario. Con la mano derecha levanta suavemente su hábito y descubre las piernas, forradas de nylon rojo, y los muslos de colegiala. Desliza sus dedos infantiles por la raja de seda. Las cortinas caen y descubren un paisaje marino con un castillo gótico al fondo y un sol que parece lámpara de interrogatorio. Por la alfombra verde han desperdigado rosas funerales. Un letrero sobre la cabeza rubia de la niña dice DEAD BABY en letras amarillas. El café está servido. La mesera deja las tazas humeantes y se pierde en la ciudad de utilería...

Por tubos de aire descienden motas de polvo: una enorme cápsula llena de corpúsculos amarillos disolviéndose en aguas que reflejan ramas de palmera. Las arenas, que tienen el color del sulfato de cobre, se recortan muy violentamente contra el verde olivo del mar: sustancia oleosa sobre rugosidades pétreas, aceite lamiendo rocas desmenuzadas: erosión milenaria de un verde sobre un azul... derrame de tinta en la primera hoja de un cuaderno sagrado.

Vicky, sudorosa, cruza las piernas doradas y se abanica con un abanico barato comprado en la tienda de *souvenirs*. En el abanico hay un torero y unas rosas rojas. Vicky deja el abanico sobre la mesa. La mesa es de lámina y, a juzgar por los vestigios de pintura roja y negra, sirvió alguna vez para anunciar un producto: cerveza... o gasolina. Vicky mete su cuaderno en la bolsa de paja que hay entre sus piernas. De nuevo toma el abanico y lo usa. Vuelve a dejarlo sobre la mesa cuando el mesero llega con su vodka-*tonic*. Hace un calor africano. El mesero ha dicho algo entre dientes. Vicky bebe lentamente.

La Doctora X (un demonio: escena expresionista)

"¡Si supieran que muchos de mis textos son sólo pretextos



para estampar ciertas palabras, ciertas frases *necesarias* que de pronto aparecen, injustificadas, en mi cabeza! ... Palabras sagradas, frases sagradas... Los textos han sido contruïdos a partir de esas frases (o imágenes que se dan simultáneos a las frases que las expresan) para *justificarlas*. Las frases forman textos, y los textos libros: es cosa de tiempo.”

(Del CUADERNO DE APUNTES de Vicky M. Doodle)

Siempre quiso vivir en una casa blanca, de paredes blancas y de alfombra blanca, llena de muebles de mimbre, bien iluminada, con un gran balcón para desayunar frente al mar. ¡Y las plantas! La llenaría de geranios blancos, anaranjados, violeta claro; de verónicas, de esos cactus monstruosos llamados ágaves, de gomeros y hules, de helechos y de lirios amarillos, de bugambilias, de hortensias azules y rosadas, de guayabas, adelfas y tulipanes color carne, de “orejas de elefante” ... Plantaría un árbol de chabacano, de esos a los que les crece un musgo blanco y que dan hojas más delgadas que las del aguacate. Plantaría orquídeas, que a veces son como mariposas moteadas y a veces como exangües falos colgantes, multicolores (recuerda unas muy bellas, con manchas purpúreas sobre fondo blanco, que habían vampirizado casi por completo a un arbolito grisáceo).

Vicky ha dejado el bar y ocupa una silla de madera blanca despostillada, en las arenas blancas. De su bolsa de paja extrae una botella plástica de HAWAIIAN TROPIC: *Royal Tanning Blend (for the natural tan of the islands). Super rich: a rich blend of Nature's tanning and conditioning oils.* Un producto de

Honolulu, Hawaii, que contine *mineral oil, coconut oil, cocoa butter, mink oil, avocado oil, aloe, lanolin, eucalyptus oil, fragrance, oils of Plumeria, Xuxui, Manako, Kwana, Mikana, Laili, Lilikoi. No sunscreens. To be used only by those with a good tan.*

En la etiqueta roja, un sol poniéndose y unas palmeras. Botella color jugo de manzana. Vicky se unta el aceite de coco sintiendo que celebra un rito infantil, una ceremonia de bautismo solar que amoldará su cuerpo al sueño del amado, en las configuraciones nocturnas del deseo.

Vicky vuelve a pensar en su casa blanca. Se mecería en una hamaca azul, toda la mañana, fumando *hasch* en una pipa de marfil, como una reina olvidada de la Atlántida, sin otra compañía que los guacamayos y que los macacos en días verdes y blancos y marinos...

1990

La noche se cierne, como una gran tarántula, sobre la ciudad. Jardín con flores de neón...

Baby Lon abre la portezuela de su convertible rojo y una pierna dorada surge, seguida de una pierna plateada. Los tacones de Baby Lon despiertan ratas ocultas en los rincones, y se detienen frente a lo que parece ser una pila de desperdicios: un mendigo, un mendigo sonriente que silba cuando los ojos amarillentos de Baby Lon se clavan en los suyos. Baby Lon alza lentamente su falda negra y las sólidas piernas (oro suave, tersa plata) iluminan el rostro del mendigo. Entre los andrajos un pene color hollín asciende junto con la falda. Baby Lon se arrodilla (el mendigo gime), apresa la verga anhelante y húmeda con sus carnosos labios ana-



ranjados y chupa. Siete u ocho lengüetazos bastan para que el semen, hirviente, le llene la lengua voluptuosa y la linda nariz respingada. El mendigo sigue gimiendo cuando Baby Lon se levanta y regresa al auto. En la penumbra del asiento de atrás, el amante de Baby Lon (un gordo sudoroso y millonario) se masturba frenéticamente.

"Puedes eyacular", dice Baby Lon. "Me inundó la cara de Gloria".

La mano azulada y regordeta de su amante redobla los meneos y, pronto, un semen culpable y feliz le empapa los pantalones de terciopelo verde y la camisa de amarilla seda.

"Te amo", dice.

Baby Lon arranca el auto y se pierde, con su voluminoso amante, por calles vacías, desoladas, que van a dar al mar. Son las tres de la mañana.

"En las aguas fangosas de ciertos canales, que exhalaban miasmas pútridos de pantano indonesio, la imagen de la ciudad se depravaba en un reflejo infernal, mostrando el negativo de la fotografía, el rostro oculto que era el verdadero: una urbe maldita, como borroneada por ángeles dementes en una cartulina rugosa: una metrópolis de sueños espantosos, inmóvil y atroz, aguardándome en el fondo de aquellas aguas densas y muertas. Probar de aquellas aguas habría sido como beber el veneno del olvido, una pócima de silencio hecha con esencia de adormideras y de amapolas.

De pronto, vi algo que se movía en el fondo de aquellas aguas; uno de los habitantes de la ciudad sumergida se animaba, cobraba una vida horrible ante mis ojos encantados por la delicuescencia de los verdes podridos y del sepia lodo-

so: una mujer cubierta por un velo negro, tal vez la hija del rey de Is... ¡Is!... la Sodoma feérica de las profundidades, la Atlántida condenada a la corrupción del agua negra y a los sueños eternos de Neptuno..."

Vicky interrumpe la lectura de *El invernadero maldito* para beber la bebida fatal. Sus labios tiemblan al contacto de la copa de ónix verde.

Vicky llega a la playa, se instala en su silla y abre el *pocket-book*: una expedición terrestre se pierde en las arenas azules de un planeta desconocido, hallando a su paso tan sólo ruinas de imperios: así, el "monólogo interior" de Vicky va perdiéndose en la monotonía de contemplar vestigios del pasado...

"Vicky M. Doodle es como una ondina pelirroja", piensa el Escritor al besarla en la mejilla.

"Dentro de un instante pasarán siete lindas muchachas venecianas, en bicicleta", le dice Vicky.

El Escritor sonríe. El mesero les pregunta qué desean tomar. Anota: M-U-E-R-T-A dos o tres veces, fingiendo anotar: "un vodka- tonic / una cerveza oscura / limones"

"Tengo el manuscrito en el cuarto", dice el Escritor. Unas risas alegres y adolescentes le hacen volver la cabeza. Las siete muchachas bronceadas y rubias pasan con lentitud, en sus bicicletas. El sol arranca fulgores irreales de sus cabellos dorados.

El Escritor piensa: "He soñado esto alguna vez. No a las muchachas pero sí a Vicky, la cita en el bar de un hotel costero... ¿qué demonios significará eso?"

Vicky se abanica con un abanico de papel. En silencio, el Escritor y Vicky se miran, deseándose.

"¿Sigue usted escribiendo historias de pesadilla?", pregunta de repente Vicky.

"No. Trato de soñar..."

Un estruendo siniestro. Dos motocicletas se aproximan por la misma calle serena de las muchachas.

"Otra vez", murmura el Escritor.

"¿Qué dijo usted?..."

"Otra vez. No...no..."

El escritor estruja la rodilla derecha de Vicky, babeándole la amplia falda floreada.

"¿Se siente usted mal?..."

Los motociclistas se detienen frente al bar. Se quitan los cascos y los lentes oscuros y se dirigen hacia la mesa de Vicky y del Escritor. Vicky comprueba con espanto que los rostros de los motociclistas son idénticos al rostro del Escritor, a pesar de que uno es hombre y el otro mujer. Vicky se levanta y al retroceder choca con el mesero, que deja caer la bandeja. Estrépito de vidrios rotos. El Escritor ha desaparecido. Los motociclistas ocupan los asientos de Vicky y del Escritor. Vicky tiembla cuando el mesero, solícito, pregunta a los motociclistas qué desean y éstos responden: "Un cuerpo. Sangre. Un cuerpo..."

El paisaje tiembla también y Vicky se desmaya.

Cuando despierta está sentada frente al motociclista hombre. Junto a su mano derecha hay un vodka- tonic. Está vestida de cuero negro. El hombre bebe cerveza. Las motocicletas los aguardan al otro lado de la calle.

"Quisiera vomitar por toda la eternidad..."

"¡Bebe tu vodka!", ordena el hombre.

El viento arrastra por la calle una revista pornográfica... un manuscrito ...